

había firmado comprobaba el diluvio que había sufrido un inglés y que hace honor á su humor.

—Mr. Damont.—Negociante.—Viagero por gusto.—Cinco muchachas y una lluvia á charrones.

### EL SAN BERNARDO.

En el momento en que acababa de escribir sobre el registro mi nombre, mi profesion y motivo de mi viage, volví la cabeza y vi detrás de mí á mi antiguo amigo el dueño de la posada, que me saludó con un aire tan cómicamente triste, que vi bien que alguna desgracia nos amenazaba al uno ó al otro, ó tal vez á los dos. En efecto, el pobre hombre tenía tanta gente en su casa que no sabía donde acomodarme. El mismo había cedido su cama á un viagero y contaba acostarse en el pajar. Trató tímidamente de probar que el olor de la paja era muy sano, y que yo estaría muy bien con él en el pajar, mejor que en el cuarto de otro en una cama; pero yo acababa de andar doce leguas á pie, circunstancia que me hacía muy poco accesible á este género de discurso, por muy lógico que pareciese ser: en su consecuencia dije á mi guía que me llevase al hotel de la Torre.

Intentó el último esfuerzo por detenerme en su casa mi huésped. Quedábale un cuarto grande donde había empaquetado una sociedad de cinco viageros; uno mas no debía aumentar mucho la cantidad: me preguntó, pues, si me contentaría como ellos y con ellos con un colchon puesto en tierra, y con mi respuesta afirmativa se dirigió, yendo yo detrás, hácia el cuarto donde había un ruido espantoso. Nuestros viageros se batían á almohadazos para conquistar los unos á los otros un sitio de tres pies de ancho por seis de largo: lo grande del cuarto no me pareció á primera vista que ofreciese cinco veces aquella medida geométrica. Pensé para mí que había llegado en mal momento para la petición que veníamos á hacer: probablemente mi huésped hizo la misma reflexión porque se volvió hácia mí con un aire de embarazo tan notable que quería decir no se atreva, y que me encargara yo de la comision. Toqué suavemente á la puerta y noté que provisionalmente la batalla se daba á oscuras: los proyectiles habían apagado las luces: desde entonces tomé mi resolución.

Apagué la luz de mi huésped, lo que hizo quedar el corredor en una oscuridad tan completa como en la que estaba el cuarto: le re-

comendé que no entregase bajo ningún pretexto la segunda llave del cuarto, y le suplí que me dejase salir á mi solo del negocio: no quería otra cosa.

Continuaba el combate siempre, y las carcajadas de los combatientes hacían tal ruido, que entré en el cuarto, cerré la puerta con dos vueltas y me metí despues la llave en el bolsillo, sin que ninguno de ellos se apercibiese de que acababa de aumentarse la guarnicion de la plaza.

Apenas había dado dos pasos, cuando recibí un colchonazo que me metió el sombrero hasta las narices. Felizmente se juzgará que yo no había entrado allí para recibir y no dar: así es que no tuve mas que bajarme para coger un arma, y me puse á dar á mi vez con un vigor tal, que debió probar á mi adversario que acababa de llegar un refuerzo de tropas de refresco. Bien pronto me apercibí de que me hallaba apoyado contra un ángulo, posición, como todo el mundo sabe, muy favorable en estrategia para una defensa individual. La mia hizo tan grandes maravillas, que comprendí en lo fojo de los golpes que me daban que perdían la esperanza de arrojarme de la plaza, y el combate se trasportó á otra parte. Aprovechéme de aquel momento para tender en el suelo mi colchon. Una capa sin propietario aparente, y en la cual me envolví las piernas, me pareció deber suplir admirablemente las mantas que la criada no había traído aun, y que, gracias á la precaucion que yo había tomado de cerrar la puerta con dos vueltas y meterme la llave en el bolsillo, me parecía muy difícil que pudiese traer; me envolvi lo mas confortablemente posible, me eché sobre mi cama de campaña, y volviendo la cara hácia la pared, aguardé la tempestad que no debía tardar en estallar cuando alguno de los combatientes se apercibiese de que había un colchon de déficit.

En efecto, poco á poco se restableció la calma; los gritos fueron menos ruidosos: cada cual pensó en establecer su vivac sobre el campo de batalla; yo sentí un colchon apoyarse en mis pies, y otro á mi derecha. Cada cual empaquetó el suyo como pudo entre los de sus compañeros, y se acostó; uno solo andaba rondando, buscando aun algun tiempo por los rincones: despues impacientado de no encontrar nada, le ocurrió una luminosa idea, y exclamó al punto: Caballeros, ¿hay uno de vosotros que se ha echado sobre dos colchones?—Esta acusacion fué rechazada por un grito unánime de indignacion, en el cual me abstuve, sin embargo, de tomar parte.

Nuestro hombre echóse á buscar mitad riendo y mitad jurando. Despues, no encontrando nada, concluyó por donde debía haber empezado; llamó para tener luz, oímos los pasos de la criada de la posada que se aproximaba; vi brillar la luz por el agujero de la cerradura, y metí instintivamente la mano en

mi bolsillo para asegurarme de que permanecía en él la bienaventurada llave.

Nuestro hombre fué á la puerta; hallábase cerrada.

—Abrid y dadnos la luz.

—Caballero, la llave está por dentro.

—¡Ah!

La mano del que buscaba me interceptó un instante la luz que venía del corredor; despues se bajó, pasó la mano por el suelo, y por la chimenea.

—¿Quién diablos ha cerrado la puerta por dentro, caballeros?

Todos callaban, y la muchacha continuaba aguardando.

—¡Pardiez! ¿No tenéis una segunda llave de la posada?

—Sí, señor.

—Pues bien, id á buscarla.

La muchacha obedeció; era un momento de prueba. Si el amo de la posada no había seguido mis instrucciones yo era hombre perdido: reinaba el mas profundo silencio interrumpido solo por las impacientes patadas de nuestro desgraciado compañero que murmuraba entre dientes:

—¡No volverá esa bribonzuela! ¿Qué estará haciendo? Ya veis como no encuentra ahora la llave. ¡Ah! mil gracias á Dios no es poca fortuna.

Esta última exclamacion se la arrancó como es fácil de adivinar, la vuelta de la muchacha que se había vuelto á parar delante de nuestra puerta.

—Despachad, vamos.

—Caballero, parece que lo hacen á propósito, no se encuentra la llave.

—¿Anda el diablo en esto?

—Sí, sí.

—Reiros, caballeros, divertida es la cosa, vive Dios, para mí sobre todo. Pues os prevengo que necesito un colchon por grado ó por fuerza.

Un hurra de los propietarios respondió á aquella amenaza y cada cual se aferró á su cama.

—¿Cuántos colchones habeis traído?

—Cinco.

—Ya veis, señores, que de seguro uno de vosotros tiene dos.

Respondieronle con una negativa mas absoluta y mas enérgica aun que la primera.

—Muy bien: pero voy á verlo. Id á buscar me una caja de fósforos.

Había en esta petición un proyecto cuya ejecucion no veía yo claro, pero cuyo posible resultado me hizo estremecer. La muchacha volvió con los fósforos.

—Está bien, meted una de las cerillas por el agujero de la cerradura.

Obedeció.

—Ahora encended la punta que pasa por vuestro lado. Muy bien, así.

Seguia yo la operacion con el interés que

puede comprenderse: vi brillar al otro lado de la cerradura la llamita azul, que desapareció un instante en el interior de la puerta y volvió á aparecer á nuestro lado brillante cual una estrella. ¡Vaya una estúpida invencion la de los fósforos!

Al caso yo no sabía como salir del apuro y si mis nuevos camaradas tomarían á mal la chanza: á todo evento me volví hácia la pared á fin de tener tiempo de preparar un discurso de recepcion.

Durante este tiempo la llama del fósforo se fijó en el pábilo de la vela; iluminóse el cuarto. Oí á cada cual sentarse sobre su colchon para pasar la revista. En el mismo instante se escapó de las bocas de todos un grito de sorpresa y una voz tonante como la del juicio final, hizo oír estas terribles palabras:

—Somos seis.

—Siguió á la primera voz, una segunda.

—Señores, á pasar lista.

—Sí, la lista.

El que mas interesado se hallaba en pasarla era el que había perdido su cama y comenzó inmediatamente.

—Primero: yo Julio de Lamark, presente.

—Caron, médico, presente.

—Carlos Soissons, propietario, presente.

—Elugusto Reimonenq, estudiante, presente.

—Honorato de Sussy...

—Volvíme vivamente:

—A propósito, mi querido Sussy, le dije alargándole la mano, puedo daros noticias de vuestra hermana la señora duquesa de O.... la he visto hace ocho dias en Ginebra: estaba lindísima.

Júzguese del singular efecto que produjo mi interrupcion. Todos los ojos se clavaron en mí.

—Caramba, si es Dumas, exclamó Sussy.

—El mismo en persona, mi querido amigo: ¿quereis presentarme á estos caballeros? Tendría mucho gusto en hacer su conocimiento.

—Ciertamente.

Sussy me cogió de la mano.

—Caballeros tengo el honor...

Cada cual se levantó sobre su cama y saludó.

—Ahora, caballeros, dije volviéndome hácia aquel á quien había usurpado el colchon, permitidme que os devuelva vuestra cama, con una condicion sin embargo, la de que me autorizareis, para hacer traer otro colchon al lado de los vuestros.

Afirmativa y unánime fué la respuesta. Abri la puerta: diez minutos despues tenía un colchon de que era el legitimo arrendatario.

Aquellos señores iban como yo al Gran San Bernardo. Habían tomado dos carruages. Me ofrecieron un lugar con ellos: acepté. La muchacha de la posada recibió orden de despertarnos por la mañana á las seis. La jornada era larga, hay diez leguas desde Martigny al



hospicio y solo las siete primeras se pueden hacer en ruedas. Cada uno de nosotros comprendía la importancia de un buen sueño, así dormimos de un tirón hasta la hora indicada. A las siete nos empacamos cuatro en uno de esos estrechos carricoches sobre los que ponen dos tablas atravesadas y á que dan el pomposo título de charabanes: y los otros dos nos acomodamos en uno de esos pequeños carruages suizos en que cada uno va á un lado como en artolas. Yo por mi desgracia me habia colocado en el charaban.

Aun no habíamos dado diez pasos cuando por el modo con que guiaba su caballo hice esta observacion á nuestro cochero:

—Amigo, creo que estais borracho.

—Es verdad, pero no hay miedo, mi amo.

—Muy bien, al menos sabemos á que aternos.

Las cosas fueron grandemente mientras caminamos por el llano y no hicimos mas que reir de las ligeras curvas que caballo y carruaje describian; pero cuando despues de haber pasado Martigny-le Bourg y Saint-Branchier empezamos á entrar en el valle de Entremont, y descubrimos que el camino iba siendo cada vez mas escabroso y estrecho, con una pared de roca muy empinada por un lado, y por el otro un profundo precipicio, se nos fué quitando las ganas de reir, aunque las curvas continuaban siendo siempre las mismas, y le llamamos segunda vez la atencion, mas de una manera mas enérgica.

—Oid, mayoral, ó demonio, ¿os habeis propuesto que volquemos?

Dió un latigazo al caballo capaz de hacerle saltar el pellejo, y nos respondió con su estribillo favorito:

—No hay miedo, mi amo.

Solo que esta vez añadió, sin duda para animarnos:

—Por aquí pasó Napoleón.

—Ese es un hecho histórico sobre cuya verdad no tengo intencion de discutir; pero Napoleón iba en un mulo y le acompañaba un guia que no estaba borracho.

—¿Era un mulo?

—Estais muy mal enterado, no era sino una mula, sabedlo....

Caminamos como el viento; nuestro guia continuó hablando, volviendo la cabeza hácia nosotros, sin cuidarse de echar al camino una mirada siquiera.

—Si, en una mula; por cierto que era su conductor Martin Groseiller, de San Pedro, y que debió á eso su fortuna....

—¿Pero hombre!....

—No hay miedo.—Pues como iba diciendo, el primer cónsul le envié de Paris una casa y cuatro fanegas de tierra. ¡Arre, arre!

Una rueda de nuestro charaban tocaba tan de cerca á la orilla, que caía al derrumbadero que Lamark y de Sussy que estaban al lado de la tabla, cuyo extremo sobresalía de la anchura

del carruage, se hallaban suspendidos perpendicularmente sobre un abismo de mil quinientos pies de profundidad.

Demasiado pesada era la chanza, así es que yo me arrojé á tierra á riesgo de romperme las piernas contra las ruedas, y detuve al caballo por la brida. Nuestros compañeros que nos seguian en el segundo carruage y que no comprendian nada de lo que nos venia sucediendo desde el principio del viage, lanzaron un grito que no habíamos oido; nos creían perdidos.

—No hay miedo, Napoleón ha pasado por aquí, no hay miedo.

Y cada palabra de este eterno estribillo iba acompañada de una lluvia de latigazos, de los que una parte caian sobre el caballo y otra sobre mí: furioso el animal se levantó de manos reculando, y el carruage se encontró de nuevo suspendido encima del espantoso barranco. Crítico era el momento; nuestros compañeros de carruage lo juzgaron mejor que nadie, así es que tomaron una resolucion violenta é instintiva; se abrazaron al cochero, lo levantaron en alto de su asiento, y lo arrojaron al camino donde cayó pesadamente enredado como Hipólito en sus riendas que no habia soltado de la mano. El caballo, que era de un natural muy pacífico, se tranquilizó inmediatamente; aquellos señores aprovecharon aquel momento de descanso para saltar á tierra, y cada uno de nosotros, excepto el maldito cochero, se encontró sano y salvo y sobre sus piernas en medio del camino.

Dejamos á nuestro hombre que se levantase y llevase su caballo y carruage como pudiese, y nos pusimos á caminar á pie: esto era mas cansado pero mas seguro. A las dos comimos en *Liddes*, donde segun nuestro contrato debíamos mudar de caballo y cochero; estábamos demasiado interesados en que se cumpliera escrupulosamente esta cláusula para no dedicar todos nuestros cuidados á su ejecucion. Hecho este cambio nos volvimos á poner en camino completamente tranquilizados con el buen paso de nuestro cuadrúpedo y la pacífica traza de su amo, que entre paréntesis, era el escribano del lugar. En efecto, llegamos sin accidente alguno á San Pedro, donde concluye el camino hasta donde pueden llegar los carruages.

A los alrededores de aquella aldea hizo su última estacion el ejército francés cuando pasó el Gran San Bernardo, mas alla del cual le aguardaban los llanos de Marengo. Las gentes del pais nos enseñaron los diferentes puntos que habian ocupado la infanteria, la caballeria y la artilleria; nos explicaron como los cañones desmontados de sus cureñas y sujetos en el hueco de troncos de pinos, eran llevados á brazos por hombres que se relevaban de cien en cien pasos. Algunos de aquellos paisanos habian visto ejecutar aquella obra de gigantes y se jactaban con orgullo de haber tomado parte en ella; se acordaban del rostro del pri-

mer cónsul, del color de su vestido y hasta de las palabras mas insignificantes que habia pronunciado delante de ellos. Así me encontrado yo en el extranjero vivo y en todo su poder el recuerdo de aquel hombre, que para nuestra actual generacion que no le ha visto, parece ser un héroe fabuloso producto de alguna imaginacion homérica.

Esta visita de localidad nos detuvo hasta las siete de la tarde. Cuando volvimos á San Pedro, el cielo estaba encapotado y prometia agua para la noche. Renunciamos, pues, á nuestro primer proyecto de ir á dormir al hospicio, y al volver á la posada pedimos que nos preparasen cena y cuartos.

No era esto cosa fácil; habian llegado muchas sociedades de viajeros, y detenidos como nosotros por el tiempo que amenazaba y la proximidad de la noche, se habian apoderado de los cuartos y hecho un saqueo de las provisiones; para nosotros seis no quedaba mas que un pajar y una tortilla.

La tortilla fué devorada; despues procedimos á la inspeccion de nuestra alcoba.

Verdaderamente, solo un posadero suizo pudo tener la idea de hacer acostar á cristianos en semejante zahurda; el agua de la lluvia se filtraba por el techo de tablas; silbaba el viento en las rendijas de los postigos mal encajados, única cosa con que cerraban las ventanas; en fin, las ratas, á quienes habia hecho huir nuestra presencia, probaban royendo, cuyo ruido no podian equivocar oídos tan experimentados como los nuestros, su derecho de propiedad sobre el local de que nos habíamos apoderado; y su intencion de reconquistarlo, mal que nos pesase, en cuanto que apagásemos las luces.

Al ver aquel infame pajar, propuso uno partir valerosamente para el hospicio aquella misma noche. Verdad es, dijo, que hay tres horas de fatiga y de lluvia; pero al cabo de ellas, ¡qué perspectiva! Una cena espléndida, buena lumbre, una celda bien cerrada y buena cama.

La proposicion fué recibida con entusiasmo; bajamos, y enviamos á buscar un guia. Al cabo de diez minutos llegó y le dijimos que buscásemos otros dos camaradas y nos proporcionásemos seis mulos, pues queríamos ir aquella misma noche á dormir al Gran San Bernardo.

—¡Al Gran San Bernardo! ¡diablo! dijo, y se fué á la ventana, miró el tiempo, se aseguró de que seria malo toda la noche, estendió la mano á la accion del viento, á fin de juzgar en qué direccion soplabá, y volvió hácia nosotros meneando la cabeza.

—¿Con que decis que os hacen falta tres hombres y seis mulos?

—Si.

—¿Para ir esta noche á San Bernardo?

—Si.

—Bueno, vais á verlos.

Y nos volvió la espalda para ir á buscarlos.

Sin embargo, las demostraciones que habia dejado escapar nos causaron algun recelo; lo volvimos á llamar.

—¿Qué! ¿hay algun peligro? le dijimos.

—¡Toma! el tiempo no es bueno; pero puesto que quereis ir al San Bernardo, se tratará de llevaros allí.

—¿Respondéis de ello?

—El hombre no puede prometer si no lo que puede hacer; se pondrán todos los medios, sin embargo, si quisieran seguir mi consejo mejor serian seis guias que tres.

—Bien, vengan seis; pero volviendo al peligro, ¿qué es lo que hay? Parece que no está tan adelantada la estacion para que hayamos de temer los aludes.

—Si, si no nos separamos del camino.

—¿Y quién se separa del camino cuando no está cubierto de nieve?

—Pues hombre, tendria que ver que á 26 de agosto....

—¡Oh! lo que es nieve, descuidad que la tendremos, y hasta las rodillas... ¿Veis esa lluvia tan menuda aquí? pues á una legua de San Pedro conforme vayamos subiendo hácia la hospederia eso será nieve. Asomóse otra vez á la ventana, y añadió volviendo:

—Y caerá en abundancia.

—¡Ah! ¡bah! ¡bah! al San Bernardo.

—Pero señores, repliqué yo, es preciso....

—Al San Bernardo: los que quieran que levanten el dedo.

De seis manos levantáronse cuatro. Quedó adoptada, pues, la partida.

—Ved, continuó nuestro guia, si fueseis montañeses, yo diria: bueno, pongámonos en marcha; pero yo creo sois parisienses; y el parisiense, con perdon vuestro, es muy delicado, teme el frio, y así que pone los pies en la nieve ya está tiritando.

—¡Bien! no nos apareemos de los mulos.

—Eso decis ahora, pero tendreis que hacerlo á la fuerza.

—No importa; marchad á avisar á vuestros compañeros y á buscar á las caballerias.

—Con vuestro permiso, señores, ya sabreis que los viages por la noche se pagan al doble.

—Muy bien. ¿Y cuánto tiempo necesitais?

—Un cuarto de hora.

—Despachaos.

Al punto que nos quedamos solos tomamos las disposiciones mas esquisitas de comodidad para el camino; cada cual añadió á lo que llevaba encima alguna otra cosa mas, como blusa, leviton ó capa, llenó su calabaza de un excelente ron que proporcionaba Soissons, Repartieronse fraternalmente los cigarros, y unos fósforos en su caja encarnada que habia de la chimenea pasaron por aclamacion desde allí al bolsillo de Sussy. Despues colocóse cada cual al derredor del fuego, lo aumentamos con toda la leña que pudimos encontrar, é hicimos provision de calor para el viage.

Entró nuestro guia.



—¡Bien! calentaos, nos dijo, eso no puede hacer mal nunca.

—¿Estais ya listos?

—Sí, nuestro amo.

—Pues entonces á montar.

Bajamos y hallamos á la puerta nuestras caballerías, cada cual montó la suya, y movido de un sentimiento de emulacion, intentó hacer poner á su mulo á la cabeza de la columna. Todos saben, por poco que hayan montado en mulo una vez en su vida, que una de las cosas mas difíciles de este mundo es hacer pasar á un mulo delante de su compañero: esta lucha nos detuvo cerca de un cuarto de hora divertidos, tanta necesidad sentiamos de resistir con anticipacion la fatiga que nos esperaba: al fin Lamark se encontró de gefe de fila y soltando la brida á su mulo, consiguió por medio de sus mañas y baston ponerle al trote, gritando:

—No hay miedo, ¡Napoleon ha pasado por aqui!

Cuando un mulo toma el trote, trota tambien toda la caravana, y de rechazo los guias que van á pie, están obligados á correr á galope. Esto les inspira generalmente por esta especie de paseo una repugnancia de que han conseguido hacer partícipes á sus animales; así que la cabeza de la columna, por ligera que parecia ir, no tardó en detenerse de repente y en imponer sucesivamente su inmovilidad á cada individuo, sea hombre ó animal de los que van detrás. Despues se vuelve á poner gravemente en marcha toda la línea, prolongándose á medida que se comunica el movimiento de su cabeza á su cola.

—Con vuestro permiso, dijo el guia de Lamark, que habia alcanzado á su mulo, y que por miedo de una nueva carrera le habia cogido la brida á pretexto de que era malo el camino, no es por aqui por donde ha pasado Napoleon; todavia no estaba hecho entonces este camino, es al lado opuesto de la montaña, y si fuese de dia, veriais que osados y fuertes debian ser los que pasaban por alli con caballos y cañones.

Todo el mundo era de su parecer, no tuvo contestacion.

—Señores, mirad; nuestro guia es profeta, dijo uno de nosotros.

En efecto, como hacia ya media hora casi que íbamos subiendo, el frio era cada vez mas intenso, y lo que en el llano era agua, alli nieve helada.

—¡Ah! ¡vive Dios! ¡nevar el 26 de agosto! Será curioso de contarse á nuestros parisien-ses. Señores, soy de parecer que nos apeemos, y nos batamos con bolas de nieve, en memoria de que Napoleon ha pasado por aqui.

Todos se echaron á reír de el recuerdo que les suscitaba aquella palabra sacramental; en cuanto al peligro que podia al mismo tiempo recordar hallábase completamente olvidado.

—Con vuestro permiso, señores, ya les he

dicho que Napoleon pasó por el otro camino; en cuanto á batiros con bolas de nieve, no os lo aconsejaré, ós haria perder tiempo, y no os sobraría; pensad que dentro de un cuarto de hora ya no vereis, ni para guiar vuestras caballerías.

—¡Bien! entonces nuestras caballerías nos guiarán á nosotros.

—Y es lo mejor que podeis hacer no contrariarlas: Dios ha hecho cada cosa para cada cosa, el parisiense para Paris, y el mulo para la montaña. He aqui lo que siempre he dicho á mis viageros: dejad al animal suelto, dejadle. Aqui como estamos aun en la llanura de Pron, no hay gran mal; pero en pasando el puente de Hudri, encontrareis un caminito como la maroma de un volatinero, y como la nieve no os dejará probablemente distinguir, abandonaos al mulo y descuidad.

—¡Bravo! ¡bien dice el guia! echemos un trago.

—¡Alto!

Cada cual llevó el frasco á sus labios, y la calabaza pasó al guia. En las montañas se bebe en el mismo vaso y en la misma calabaza y no se tiene asco del que seis pasos mas allá puede salvaros la vida.

El calor del ron puso alegres á todos, y aunque la noche y la nieve fuesen cada vez mas espesas, volvióse á poner en camino bulliciosamente la caravana riendo y cantando.

Producíame una impresion singular, en medio de aquel pais desolado, de aquella nieve, de la noche cada vez mas sombría, aquella fila de mulos, de ginetes y guias, que subian alegremente por la montaña sombría, silenciosa y terrible, sin un eco siguiera para devolverles sus cantos y gritos. Parece que no fui yo solo el que esperiméntó esta impresion, porque poco á poco fueron siendo menos ruidosos los cantos y mas escasas las careajadas: oyéronse algunas malas palabras aisladas. Finalmente, una terrible interjeccion... ¡muchachos, sabeis que no hace calor? pronunciada vigorosamente, pareció ser de tal modo el resumen de la opinion general, que no se levantó voz alguna para combatir al preopinante.

—Un trago, y vaya un cigarro.

—¡Bravo! ¿de quién es la idea?

—Yo, Julio Thierry de Lamark.

—En llegando al hospicio se le dará un voto de gracias.

—Sussy, los fósforos.

—Señores, tengo que sacar las manos de mis bolsillos, y se hallan alli tan calientes que desean quedarse. Que venga alguno á cogernos de la faltriquera.

Un guia nos hizo este favor, sus camaradas encendieron las pipas en el fósforo, nosotros nuestros cigarros en sus pipas, y continuamos nuestro camino otra vez, no viendo nada mas que el punto luminoso que llevaba en la boca cada cual, y que brillaba á cada aspiracion; ¡tan oscura estaba la noche!

Esta vez ya no habia canciones ni gritos; el ron habia perdido su influencia: el mas profundo silencio reinaba en toda la línea, y no era interrumpido si no por el ruido de las voces con que nuestros guias arreaban á los animales, ya á gritos, ya sacudiéndolos.

En efecto, nada de todo lo que nos rodeaba brindaba á la alegría, el frio era cada vez mas intenso y la nieve caia en abundantes copos: no tenia mas luz la noche, que un reflejo mate y blanquizco; el camino se estrechaba mas y mas, obstruyéndole de cuando en cuando algunos peñascos que obligaban á nuestros mulos á tomar unas veredas en la misma vertiente del precipicio, cuya profundidad no podiamos medir si no por el ruido del Dranze que corria en su fondo: hasta este ruido que á cada paso iba debilitándose, nos probaba que el abismo iba siendo mas y mas profundo y escarpado. Por la nieve que veiamos en el sombrero y vestido del que iba delante, juzgá-bamos cada uno que debiamos llevar encima igual cantidad, ademas sentiamos al través de la ropa su contacto menos penetrante, pero mas helado que el de la lluvia: en fin, nuestro gefe de columna se paró.

—A fé mia, dijo, estoy helado, y voy á echar pie á tierra.

—Ya os lo habia dicho que tendriais que apearos, replicó nuestro guia.

Efectivamente cada cual conocia la necesidad de entrar en calor por medio del movimiento; echamos pie á tierra, y como apenas se veia, aconsejaronnos los guias que nos agarrásemos á las colas de los mulos, que de este modo nos ofrecian la doble ventaja de ahorrarnos la mitad de la fatiga, y sondear el camino. Ejecutóse puntualmente esta manobra, pues comprendiamos la necesidad de abandonarnos al instinto de nuestros animales y á la sagacidad de sus conductores.

Entonces reconocí la verdad de la relacion de Balmat; pues sentia en mi el dolor de cabeza de que me habia hablado, sus desvanecimientos vertiginosos, y aquella irresistible gana de dormir, á la que hubiese cedido sobre mi mulo, y que solo la precision de andar á pie podia combatir. Parece que nuestro doctor mismo la sentia tambien pues propuso hacer un alto.

—¡Adelante, adelante, señores! dijo vivamente nuestro guia, os prevengo que el que se detenga no volverá á andar mas.

Habia en el acento con que pronunció estas palabras una conviccion tan profunda, que nos volvimos á poner en marcha sin hacer ninguna objecion. Uno de nosotros, no sé cual, intentó volvernos á nuestra antigua alegría con aquellas palabras sagradas que hasta entonces no habian dejado de producir su efecto:—*No hay miedo, Napoleon ha pasado por aqui.* Mas esta vez la chanza habia perdido su eficacia; ninguna risa respondió á ella y el desusado silencio con que fué recibida la dió un

carácter mas triste que el de un lamento. Caminamos así maquinalemente y tirados por nuestros mulos, cerca de media hora, metiéndonos en la nieve hasta las rodillas mientras que corria de nuestra frente un helado sudor.

—¡Una casa! dijo de repente Sussy.

—¡Ah!

Cada cual soltó la cola de su mulo, asombrados de que los guias nada hubiesen dicho de aquella parada, de aquel descubrimiento.

—Con vuestro permiso, señores, dijo el guia. ¿Con que no sabeis que casa es esa?

—Aunque fuese la casa del diablo, con tal que podamos quitarnos en ella esta maldita nieve, y ponernos los pies en seco.... Entremos.

La cosa no era difícil, no habia en aquella casa ni puertas ni ventanas. Llamamos, pero nadie respondió.

—¡Sí, sí! llamad, dijo nuestro guia, y si despertais á los que ahí duermen buena la habeis hecho.

Efectivamente, nada respondia, y la casa parecia desierta: sin embargo, por muy espuesta que estuviese á todos los vientos, nos ofrecia un abrigo contra la nieve; resolvimos quedarnos alli un rato.

—Si hubiese una chimenea encenderiamos fuego, dijo una voz.

—¿Y la leña?

—Busquemos la chimenea.

De Sussy alargó los brazos.

—¡Señores, una mesa! dijo.

Estas palabras fueron seguidas de una especie de grito, mitad de terror, mitad de asombro.

—Y bien, ¡qué hay!

—Hay que un hombre está tendido sobre esa mesa... aqui está una pierna.

—¡Un hombre!

—Entonces dadle un tirón á ver si se despierta.

—Hola, amigo; ¡eh!....

—Señores, dijo uno de los guias, separándose del grupo de sus camaradas que habian permanecido fuera, y asomando la cabeza por la ventana; señores, cuidado con semejantes chanzas, y en este sitio. Podria ocasionarnos alguna desgracia á todos, á vosotros y á nosotros.

—¿Pues en donde estamos?

—En uno de los depósitos de los muertos del Gran San Bernardo... Retiró su cabeza de la ventana y volvió otra vez á reunirse con sus compañeros, sin añadir nada mas; pero pocos oradores pueden jactarse de haber producido un efecto tan grande con tan pocas palabras. Cada uno de nosotros se quedó clavado en el sitio en que se hallaba.

—A fé mia, señores, que es preciso ver esto. Es una de las curiosidades del camino, dijo de Sussy, y encendió un fósforo.

Chispeó la cerilla, y difundió por un mo-



mento su débil luz, á cuyo resplandor divisamos tres cadáveres, el uno efectivamente tendido sobre la mesa, y los otros dos acurrucados en los dos ángulos del fondo: despues se apagó el fósforo y todo volvió á quedar otra vez á oscuras.

Repetimos de nuevo la operacion. Únicamente esta vez cada uno encendió en el fósforo un pedazo de papel enrollado, y con él en la mano derecha y otros muchos preparados en la izquierda, se comenzó á escudriñar toda la habitacion.

Seria preciso haberse hallado en la posicion en que nos hallábamos para tener una idea de la impresion que produjo en nosotros la vista de aquellos desdichados; seria preciso haber mirado aquellos rostros negros y horriblemente contraidos á la vacilante y dudosa luz de nuestras improvisadas velas, para conservarlos en la memoria, cual quedaron en la nuestra. Seria necesario haber tenido que temer para uno mismo, y en igual momento, la terrible suerte de aquellos antecesores que teniamos á nuestros ojos, para comprender que se nos erizaron los cabellos, que el sudor corrió de nuestra frente, y que por necesidad que experimentáramos de descanso y de fuego, no sentimos ya mas que un deseo: el de abandonar lo mas pronto posible aquella posada de la muerte.

Volvimos á ponernos en camino, mas silenciosos y mas sombríos que antes de aquel alto, pero tambien llenos de la energia que nos habia dado la vista de semejante espectáculo; por espacio de una hora nadie habló una palabra, ni aun los guias. La nieve, el camino, el mismo frio, creo que habian desaparecido: de tal modo se habia apoderado de nuestra alma una sola idea; tanto oprimia nuestro corazon y apresuraba nuestra marcha un solo temor.

Al fin, nuestro guia gefe, dió uno de esos gritos habituales en los montañeses, y que por su agudo sonido se dejan oír á extraordinarias distancias, y que designan por su modulacion si el que llama así pide auxilio, ó avisa sencillamente su llegada.

El grito se alejó como si nada pudiese detenerle sobre aquella vasta sábana de nieve, y como ningun eco nos le volvió á enviar, entró otra vez en el silencio la montaña. Anduvimos aun casi unos doscientos pasos mas, cuando oimos los ladridos de un perro.

—¡Aquí, Bandera, aquí gritó nuestro guia.

Al mismo tiempo vimos venir hácia nosotros á un enorme alano, de la única raza conocida bajo el nombre de raza de San Bernardo, y reconociendo á nuestro guia, se puso de pie apoyando las patas delanteras en su pecho.

—¡Bien, Bandera, bien, pobre animal! Señores, con perdon vuestro-este es un antiguo conocido mio, que se alegra mucho de verme. ¿No es verdad, Bandera? ¿eh? ¡hermoso perro!... ea, basta, basta... vamos andando.

Felizmente el camino no era largo: diez minutos despues nos encontramos de repente delante del hospicio, que por aquella parte no se puede descubrir ni aun de dia, hasta que casi ha llegado uno encima. Un castaño nos esperaba en su puerta; puerta de dia y de noche abierta gratuitamente para todo el que llega allí á demandar hospitalidad, que en aquel sitio de desolacion es frecuentemente la vida.

Fuimos recibidos por el hermano que estaba de guardia, y llevados á una habitacion donde nos esperaba una excelente lumbre. Mientras nos calentábamos, nos estaban preparando las celdas, el cansancio habia hecho desaparecer el apetito, así preferimos el sueño á la cena.

Nos sirvieron á cada uno cuando estuvimos en la cama una taza de leche caliente. El hermano que me trajo la mia me dijo, que me hallaba en el cuarto en que Napoleon habia comido; por lo que á mí toca, creo que fué en el que mejor he dormido.

Al dia siguiente á las diez ya estabamos todos en pie, y haciamos el inventario del cuarto consular que me habia tocado; nada le distinguia de los demas; ni una pequeña inscripcion recordaba allí el paso del moderno Carlo-Magno.

Nos asomamos á la ventana; el cielo estaba despejado, el sol resplandeciente y la tierra cubierta de un pie de nieve.

Es difícil formarse una idea de la áspera tristeza del paisaje que se descubre desde las ventanas del hospicio, situadas á siete mil doscientos pies sobre el nivel del mar, y colocadas en medio del triángulo que forman la punta del Dronaz, el monte Velan y el Gran San Bernardo. Hay un lago, alimentado por el derretimiento de las nieves á algunos pasos del convento, que lejos de alegrar la vista la entristece mas; sus aguas, que parecen negras en medio de su marco de nieve, son demasiado frias para alimentar ninguna clase de pescados, y están demasiado heladas para atraer ninguna clase de pájaros. Es una imagen en pequeño del Mar Muerto, tendido á los pies de Jerusalem destruida. Todo lo que tiene alguna apariencia de vida animal ó vegetal, está escalonado sobre el camino, según sus fuerzas le han permitido subir; únicamente el hombre y el perro han llegado á la cima.

Con este triste cuadro á la vista, y solo donde nosotros estábamos, se puede formar una idea del sacrificio de aquellos hombres que han abandonado los risueños valles del país de Aosta y de la Tarantesa, la casa paterna, que quizá reflejaba en las azules ondas del pequeño lago de Orta, que brilla ardiente, húmedo y profundo como los ojos de una española enamorada; la familia amada, la bendecida esposa con su dote de felicidad y de amor; para venir con un baston en la mano y un perro por amigo, á colocarse en la nevada ruta de los viajeros, como estatuas vivientes de sa-

crificio y del amor al prójimo. Allí es donde se tiene lástima de la fastuosa caridad del hombre de las ciudades, que cree haber hecho todo por sus hermanos cuando ha dejado caer ostensiblemente de la punta de sus dedos en el bolsillo de una bella postulante una moneda de oro, que le pagan con una reverencia y una sonrisa. ¡Oh! si fuese posible que en medio de una de esas noches voluptuosas de nuestro invierno parisiense; cuando el baile hace saltar á las mugeres cual un torbellino de diamantes y de flores, cuando los hermosos versos de Victor Hugo sobre la caridad, han atraído una lágrima juvenil en unos ojos chispeantes de placer; si fuese posible, que se apagasen las luces, que cayesen un lienzo de pared, que los ojos pudiesen atravesar el espacio, y que se viese de repente en medio de la noche, sobre un angosto sendero, al borde de un precipicio, amenazado por el alud, envuelto en una tempestad de nieve á uno de esos ancianos de cabellos blancos, que van repitiendo á grandes gritos: ¡Por aquí, hermanos! ¡Oh! ciertamente el mas orgulloso de su limosna, enjugaria su frente húmeda con el sudor de la vergüenza, y caeria de rodillas diciendo: ¡Dios mio!....

Vinieron á decirnos que nos aguardaban en el refectorio.

Bajamos á él con el corazon oprimido. El hermano iba delante de nosotros para enseñarnos el camino: pasamos junto á la capilla y oimos el canto del oficio divino. Continuamos nuestro camino, y á medida que se alejaba el canto, risas estrepitosas llegaban á nosotros del otro extremo del corredor. ¡Risas!... esto nos pareció extraño en semejante lugar. Abrimos por fin la puerta y nos encontramos entre una multitud de jóvenes de ambos sexos que tomaban té y hablaban de Mlle. Taglioni.

Nos miramos por un momento asombrados, y luego nos echamos á reir como ellos. Habiamos visto á aquellas damas en nuestro mundo parisiense. Acercámonos á ellas con los mismos modales que en un salon, hicimos los cumplimientos que exige el buen tono de la elegante sociedad, ocupamos los sitios que nos estaban reservados, la mesa y la conversacion se hizo general, ganando en alegría lo que perdía en etiqueta. Al cabo de diez minutos nos habiamos completamente olvidado de donde estábamos.

Verdad es que nada podia contribuir á recordárnoslo. El salon que llamaban refectorio estaba muy distante de corresponder á la idea austera que espresa este nombre. Era un lindo comedor, adornado con mas profusion que gusto; adornaba uno de sus ángulos un piano; veíanse varios cuadros en las paredes; encima de la chimenea se veía con profusion un reloj, floreros y algunos de esos juguetes de lujo que no se encuentran si no en el tocador de las señoras; en fin, reinaba en todas estas cosas un cierto carácter mundano, que nos fué

explicado con una sola palabra, cada uno de aquellos muebles era regalo hecho á los religiosos por alguna sociedad agradecida, que habia querido probar á los buenos padres, que á su vuelta á Paris, no se habian olvidado de la hospitalidad que habia recibido de ellos.

Mientras el almuerzo, nos dió el hermano que nos hacia los honores algunas noticias históricas sobre el monte de San Bernardo, que quizá no será inoportuno el consignar aquí.

Antes de la fundacion de la hospederia el Gran San Bernardo se llamaba Mont-Joux, por corrupcion de estas dos palabras latinas: *Mons-Jovis*, monte de Júpiter, viniéndole este nombre de un templo dedicado á aquel dios, bajo la invocacion de Júpiter *panin*. No se sabe cual fué la época fija de la creacion de este templo, cuyas ruinas están visibles aun. Desde luego la ortografia de la palabra *panin*, que Tito Livio escribe incorrectamente *pennin*, podria hacer creer que se remonta al paso de Anibal, y que este general, llegado con felicidad á la cima de los Alpes hubiera puesto la primera piedra votiva de un templo á *Júpiter Cartaginés*. Sin embargo, los *ex-votos* que han sido hallados haciendo escavaciones en estas ruinas, indican que los peregrinos que iban allí á cumplir algun voto eran romanos. ¿Al presente parece que estos fuesen á orar al pie de la estatua del dios de sus enemigos? Esto es imposible. ¿No pudiera haber sido al contrario edificado el templo por los mismos romanos, cuando los desastres de Asdrubal en Cerdeña obligaron á su hermano, afeminado en Cápua y batido por Marcelo, á abandonar la Italia cuyas tres cuartas partes habia conquistado para refugiarse bajo el amparo de Antiocho? En el primer caso su creacion remontaria al año 535, y en el segundo al 535 de la fundacion de Roma. En cuanto á la época en que fué abandonado su culto, se podria fijar con probabilidad en el reinado de Teodosio el Grande, no habiéndose hallado en las ruinas del templo ninguna medalla posterior al reinado de los hijos de este emperador.

La fundacion de la hospederia data sin duda alguna del principio del siglo IX, pues se hace mencion de la hospederia de Mont-Joux en la cesion de tierras que hizo Lod-Her, rey de Lorena, á Ludovico, su hermano, en 859; existian pues, antes que el arcadiano de Aosta viniese á establecerse en él, en 970, canónigos regulares de San Agustin para su servicio, y cambiase su nombre pagano de Mont-Joux, en el cristiano de San Bernardo. Desde aquella época hasta el dia ha habido cuarenta y tres superiores.

Nueve siglos han pasado, y ni el tiempo ni los hombres han cambiado nada en las reglas del monasterio, ni los deberes hospitalarios de los canónigos.

La cordillera de los Alpes, sobre la que se halla situado el San Bernardo, fué testigo de



cuatro pasajes. de Anibal, Carlo-Magno, Francisco I, y Napoleon. Anibal y Carlo-Magno pasaron el Mont-Cenis; Francisco I, y Napoleon, por el mismo sitio en donde se halla edificado el hospicio. Carlo-Magno y Napoleon lo atravesaron para vencer. Anibal y Francisco I, para ser vencidos.

Ademas de las damas de que ya he hablado teniamos al almuerzo una inglesa y su madre. Hacia tres años recorrian la Italia y los Alpes á pie, llevando su equipage en una cesta, y haciendo sus ocho ó diez leguas por dia: quisimos saber el nombre de estas intrépidas viageras, y lo buscamos en el registro de los extranjeros; la mas jóven habia firmado, *Luisa, ó la hija de las montañas.*

Habiamos entrado para buscar este registro en la sala contigua al refectorio, adornada como éste, con varios regalos hechos á los buenos padres. Encierra ademas dos cuadros que contienen diversos objetos antiguos encontrados en las escavaciones del templo de Júpiter; los que se hallan mejor conservados son dos estatuas pequeñas, la una de Júpiter y la otra de Hércules: una mano enferma con la serpiente de Esculapio enroscada, y llevando en los dedos como señal de enfermedad, una rana y un sapo: en fin, muchas láminas de bronce en las que están los nombres de los que iban á implorar el auxilio del dios.

Yo copié muchos de estos *ex-votos*, y los reproduzco aquí sin alterar nada en el orden de los renglones.

*J. O. M. Paenino: T. Macrinus demonstratus. V. S. L.*

<i>Jovi optimo maximo</i>	<i>votum solvit libente</i>
<i>Pænino</i>	<i>nominibus aug</i>
<i>Pro itu et reditu</i>	<i>Jovi Pæninosabineius</i>
<i>C. Julius Primus</i>	<i>ensor ambianus.</i>
<i>V. S. L.</i>	<i>V. S. L.</i>

Interrumpiome en esta ocupacion el ruido que hacian nuestros convidados. Mientras yo copiaba mis inscripciones se habia marchado á decir misa el monje que nos habia hecho los honores del almuerzo, sin tomar nada. Nuestro doctor se habia colocado de centinela á la puerta del refectorio, de Sussy se habia puesto al piano, y nuestras damas, inclusa la hija de las montañas, bailaban la galop al rededor de la mesa.

En el momento de mas animacion del baile, entreabrió el doctor la puerta, y asomando la cabeza:

—Señoras, dijo á las bailarinas; aqui hay un hermano lego que pregunta si gustais ver el gran depósito de los muertos.

Esta proposicion paró la galop de repente: las señoras consultaron un momento entre sí: el disgusto combatió con la curiosidad, la curiosidad venció: partimos.

Al llegar á la puerta exterior declararon que

no pasarian de allí; habia pie y medio de nieve, y el depósito está situado á unos cuarenta pasos casi del hospicio. Pusimos los hombres unos sillones sobre unos palos, y ofrecimos llevar á nuestras bellas curiosas todo el camino: aceptaron.

No sin bastantes gritos y risotadas causadas por el balanceo y movimiento de la silla, y los tropezones de los que las llevábamos, llegaron á la ventana abierta eternamente, y por la cual se sumerge la vista en la vasta bóveda del gran depósito del San Bernardo. Imposible es ver un espectáculo mas curioso y horrible á la vez.

Figuraos una gran sala baja y abovedada de treinta y cinco pies cuadrados, casi iluminada por una sola ventana, y cuyo suelo está cubierto de una capa de polvo de pie y medio. Polvo humano.

Este polvo, que parece cual las espesas olas del Mar Muerto, arrojar á su superficie los objetos mas pesados, está cubierto de multitud de huesos.

¡Huesos humanos!

Y sobre estos huesos, de pie, recostados en la pared, agrupados con la caprichosa inteligencia de la casualidad, conservando cada uno la espresion y la actitud en que la muerte les ha sorprendido, los unos de rodillas, los otros con los brazos estendidos, estos con los puños cerrados y la cabeza baja, aquellos con la frente y las manos levantadas al cielo; ciento cincuenta cadáveres, ennegrecidos por el hielo, con los ojos vacíos y los dientes blancos, y enmedio de ellos una muger que ha creído salvar á su hijo dándole el pecho, y que parece enmedio de aquella infernal reunion, una estatua del amor maternal.

Todo esto encerrado en aquel cuarto; polvo, huesos ó cadáveres, segun la época de que datan, y en la ventana de aquel cuarto, iluminada por un sol alegre, cabezas de mugeres jóvenes y bellas, la vida animada desde veinte años apenas, contemplando la vida estinguída hace siglos. ¡Ahl! ¡qué espectáculo tan extraño!.. ¡En cuanto á mi, toda mi vida estaré viendo á aquella pobre madre que da de mamar á su hijo!

¿Qué decir despues de esto del San Bernardo? Tambien hay una iglesia en que está el sepulcro de Dessaix, una capilla dedicada á Santa Faustina, una lápida de mármol negro, donde hay grabada una inscripcion en honor de Napoleon. Hay otras mil cosas tambien. Pero creedme, haced que os las enseñen antes de ir á ver á aquella pobre madre que está dando de mamar á su hijo.

## LOS BAÑOS DE AIX.

La ciudad de Aosta es una linda y pequeña poblacion que tiene pretensiones de no pertenecer ni á la Saboya ni al Piamonte; defienden sus habitantes que su tierra formaba parte de aquella parte del imperio de Karl el Grande, que habia heredado de los señores de Straulingen. En efecto, aunque suministran un contingente militar, no pagan contribucion alguna y han conservado la franquicia de caza, por lo demas obedecen, bien ó mal, al rey de Cerdeña. El carácter de la ciudad de Aosta es todo italiano, á escepcion del abominable idioma que allí se habla, y que creo es saboyano corrompido: por todas partes en el interior de las casas, las pinturas al fresco reemplazan á los papeles ó artesonados, y los fondistas no se descuidan nunca de servirlos á la mesa una especie de pasta y una clase de crema, que destrazan pomposamente con el título de macarrones y sambasones. Agréguese á esto el vino de Asti y las chuletas á la milanesa, y se tendrá completa una mesa valdiostense.

La ciudad de Aosta se llamaba al principio Cordella, del nombre de Cordellus Latiellus, jefe de una columna de galos cisalpinos; llamados Salassos, que vinieron á establecerse allí.

En tiempo de Augusto se apoderó de ella una legion romana, mandada por Terencio Varron, y construyó á la entrada de la ciudad, en memoria de aquel suceso, un arco de triunfo, aun hoy en pie y entero sobre el que se leen estas dos inscripciones modernas:

*El Salasso defendió largo tiempo sus hogares;  
Sucumbió: Roma victoriosa  
Depuso aquí sus laureles.*

*Al triunfo de Octavio Augusto César.  
Derrotó completamente á los Salassos.*

*El año de Roma DCCXXIV.  
(24 años antes de la era cristiana).*

Al fin de la calle de la Trinidad hay otras tres arcadas antiguas construidas de mármol gris formando tres entradas, de las que una no tiene uso alguno hoy: la de en medio, como la mas alta, estaba reservada para el paso del emperador y del cónsul: sobre la columna que lo sostiene se lee esta inscripcion:

*El emperador Octavio Augusto fundó estos muros.*

*Edificó la ciudad en tres años,  
Y la dió su nombre el año de Roma  
DCCXXVII.*

A poca distancia de este monumento se

encuentran todavía algunos restos de un anfiteatro de mármol ceniciento.

La iglesia ofrece los diferentes caracteres de las épocas en las que ha sido fundada y restaurada. El pórtico es de arquitectura romana modificada por el gusto italiano: las ventanas son ojivales y pueden datar del principio del siglo XIV. El coro tiene un pavimento de mosaico antiguo representando la diosa Isis rodeada de los meses del año, y contiene muchos hermosos sepulcros de mármol, sobre uno de los cuales está recostada la estatua de Tomás, conde de Saboya: un pequeño bajo relieve gótico de un esquisito trabajo está colocado delante del altar. Allí ha esculpido el autor con toda la sencillez del arte del siglo XV la vida de Jesucristo desde su nacimiento hasta su muerte.

Todos estos edificios, incluso las ruinas de un convento de la orden de San Francisco, patrono de la ciudad, pueden visitarse en dos horas: al menos este es el tiempo que nosotros le consagramos.

Al volver á la posada encontramos allí á un veturino (especie de mayoral) que el huésped habia hecho llamar durante nuestra ausencia. Aquel hombre se comprometia á llevarnos en el mismo dia á Pre-Saint Didier, y nos comprometió á todos los seis en un carruage donde hubiéramos ido bastante incómodos cuatro, asegurándonos que nos hallariamos muy bien cuando nos hubiéramos arreglado. Cerró en seguida la portezuela, y esclavo de su palabra no se detuvo á pesar de nuestros gritos si no á tres leguas de Aosta, un poco mas allá de Villanueva.

Debimos este momento de respiro á un accidente que habia sucedido ocho dias antes. Una porcion de hielo al caer en un lago, cuyo nombre he escrito tan bien en mi album que me es imposible el leerlo é interpretarlo, habia hecho subir doce ó quince pies la masa de agua que habia salido fuera de su cauce. El torrente habia tomado para correr un camino distinto y encontrando sobre este camino una casita la habia arrastrado consigo: cincuenta y ocho vacas, ochenta cabras y cuatro hombres perecieron en la inundacion: se encontraron un cadáver hecho pedazos á lo largo de las orillas de este nuevo rio, que habia atravesado el camino real y habia ido á precipitarse en el Dora. Troncos de árboles, tablas, piedras se habian amontonado á la ligera para formar una especie de puente, y este puente es el que no se atrevia á atravesar nuestro conductor con su carruage cargado, lo que nos proporcionó la felicidad de salir un instante de nuestra jaula.

No conozeo monge, cartujo, trapense, der-vich, fakir, fenómeno viviente, animal curioso de los que se enseñan por dos cuartos, que haga una abnegacion mas completa de su libre albedrio que el desgraciado viagero que se mete en un coche público. Desde entonces